Razón y Fe

Historia y perspectiva. Una mirada reflexiva

Luciano Bellini

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

BELLINI, L. Razón y Fe. Historia y perspectiva. Una mirada reflexiva. In: IZA VILLACÍS, V.A., ed. *Persona, educación y filosofía: reflexiones desde la educación universitaria* [online]. Quito: Editorial Abya-Yala, 2018, pp. 11-43. ISBN: 978-9978-10-493-4.
<https://doi.org/10.7476/9789978104934.0003>.

All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Razón y Fe. Historia y perspectiva. Una mirada reflexiva

Luciano Bellini sdb.¹

Resumen

Este tema es sumamente complejo, puesto que se mueve en distintos niveles y aparentemente contrapuestos. ¿Prevalece la razón o prevalece la fe? ¿La fe condiciona a la razón o la razón es la base para la fe? ¿La fe sacrifica a la razón? La razón está ligada a lo tangible, a algo que se puede comprobar físicamente, la fe se mueve en el ámbito de lo trascendente y no tangible, también sería un engaño pensar que no tiene ninguna repercusión sobre lo tangible. Entre fe y razón, algunos estudiosos hablan de simbiosis, otros hablan, en cambio, de divorcio.

En la historia estos dos conceptos han ido asumiendo distintos contenidos de acuerdo al pensamiento filosófico, a las distintas concepciones de Dios, al influjo de las religiones y de las culturas en las que está sumergida la realidad humana. La ética, la antropología, la política, la educación y otras ciencias, han afrontado este tema “razón y fe” para comprenderlo, pero a la vez, muy probablemente, los mismos conceptos de razón y fe han influido en la formulación científica de estas distintas ramas del saber.

1 Doctor en Ciencias de la Educación, Especialización Pedagogía y Comunicación Cultural. Universidad Pontificia Salesiana de Roma Italia.

Desde la antigüedad, a través de la mitología, la filosofía y las ciencias, siempre se ha querido dar respuesta a las preguntas existenciales: ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Quién soy? ¿Qué hay más allá de la vida? ¿Qué es el bien, el mal, el tiempo, la eternidad?

Palabras claves: Fe, razón, historia, perspectiva, reflexión.

Abstract

This subject is extremely complex, since it moves at different levels and appears to be in opposition. Does reason prevail or does faith prevail? Does faith condition reason or reason is the basis for faith? Does faith sacrifice to reason? Reason is linked to the tangible, something that can be verified physically, faith moves in the realm of the transcendent and not tangible, it would also be a deception to think that it has no impact on the tangible. Between faith and reason, some scholars speak of symbiosis, others speak of divorce.

In history these two concepts have been assuming different contents according to the philosophical thought, to the different conceptions of God, to the influence of the religions and of the cultures in which the human reality is submerged. Ethics, anthropology, politics, education, and other sciences have addressed this theme “reason and faith” to understand it, but at the same time, very probably, the same concepts of reason and faith have influenced the scientific formulation of these different branches of knowledge.

Since ancient times, through mythology, philosophy and science, has always wanted to answer the existential questions: Where do I come from ?, Where am I going ?, Who am I?, What is beyond What is good, evil, time, eternity?

Keywords: Faith, reason, history, perspective, reflection.

Introducción

Platón, Aristóteles, San Agustín, San Anselmo, Santo Tomás de Aquino y otros numerosos santos y filósofos. Ya sea en la religión cristiana, o budista, o hinduista, o musulmana, siempre se han abordado estos grandes interrogantes. Como respuesta a estas inquietudes, se fue construyendo la idea de la existencia de dioses que tiene las respuestas o la solución a los problemas incomprensidos.

Una de las grandes preocupaciones de la Iglesia ha sido precisamente encontrar un equilibrio entre razón y fe, sobre todo a través de la interpretación de las Sagradas Escrituras. La Revelación de Dios a través de las Escrituras se transforma en la base para construir sobre ella la relación dinámica e interdependiente de la razón y la fe. “Credo Ut Intellegam” e “Intellego Ut Credam” dirá San Agustín. (Creo para comprender y comprendo para creer). Es decir, la fe ayuda a la razón y la razón ayuda a la fe.

La fe es la menos comprendida, porque se fundamenta en la libertad del ser humano en creer o no creer. El filósofo americano Paul Kurtz afirma: “La libertad de no creer es la primera libertad del ser humano”. La fe nace de la necesidad de la religiosidad y de lo trascendente, que se expresa individualmente o a través de la adhesión a una religión o a una creencia particular. La fe de los cristianos se fundamenta en el Credo Apostólico y en los dogmas que han sido promulgados a lo largo de la historia de la Iglesia hoy, incluso, pueden ser puestos en tela de juicio por los conocimientos científicos adquiridos y por científicos que afirman no ser necesaria la presencia externa de un dios creador.

Mencionamos rápidamente las distintas concepciones por las que atraviesa el concepto de dios; el deísmo: varios dioses han creado el universo pero no interactúan con lo que han creado; el pandeísmo: dios y el universo son la misma cosa; el teísmo: los dioses son inmanentes, pero al mismo tiempo trascienden el universo. Dentro del teísmo encontramos: el monoteísmo: se adora a un solo dios; el

henoteísmo: existen varios dioses, pero se adora a uno solo de ellos; el katenoteísmo: existen varios dioses y se adoran a todos, pero uno a la vez; el politeísmo: es la existencia de varios dioses; el universalismo: se aceptan todas las religiones; el no-teísmo: no cree en la existencia de dioses, pero cree en algunos elementos espirituales; el panteísmo: todo lo que existe es dios y dios es todo lo existente; dentro del panteísmo encontramos también el panenteísmo: el universo es contenido en dios y a la vez dios es más grande que el universo.

Existen también quienes sostienen lo contrario, es decir el ateísmo, el no creer de manera alguna en la existencia de seres divinos y de elementos sobrenaturales. El ateísmo pretende ser una doctrina en oposición al teísmo.

Algunos estarán contentos y realizados con tener un dios que les resuelve todos los problemas. Es más cómodo obedecer que tratar de encontrar caminos nuevos y más auténticos. Algunos que tienen la fe de carboneros no se inmutan y no sienten la necesidad de buscar algo nuevo. Pero las mentes inquietas, que quieren acercarse mejor a la verdad, se plantearán nuevas posibilidades de comprensión de Dios y de lo trascendente.

Esta presentación no tiene la finalidad de dar respuestas, sino más bien, de abrir interrogantes y de crear inquietudes que nos obliguen a cuestionar lo que creemos y las razones que tenemos para creer o no creer. La fe se fundamenta en el concepto de Dios que tenemos. Hoy varios teólogos intentan hacer una nueva lectura de la presencia de lo divino en la vida del hombre y del significado de lo sagrado, precisamente por los conocimientos adquiridos a través de la razón.

Desarrollo

Razón y fe: breve síntesis en la historia de la filosofía

Desde la filosofía griega hasta la filosofía medieval

Fe y razón han tenido cinco grandes momentos en su comprensión a lo largo de los siglos:

- En un primer momento se sostiene que no hay ninguna relación posible entre la fe y la razón, la fe es el único camino para llegar a la verdad. El intento de la razón por explicar la fe se vuelve soberbia y pecado. El principal defensor de esta teoría es Tertuliano (160-220 dc.).
- En un segundo momento se da un paso afirmando que la razón se subordina a la fe, de esta corriente su más significativo representante es San Agustín (354-430 dc.).
- Una tercera evolución del concepto se da con Santo Tomás de Aquino (1224-1274), el cual afirma que la fe y la razón son dos dimensiones distintas de la misma realidad. Fe y razón son ambas creadas por Dios, por lo tanto no pueden entrar en contradicción. Razón y fe se ayudan mutuamente.
- Un cuarto concepto es fundamentalmente representado por Averroes (1126-1198), quien afirma que la fe es subordinada a la razón. Los filósofos que sostenían esta teoría eran considerados herejes.
- Finalmente encontramos una quinta etapa, representada por Guillermo Occam (1285-1349), el cual sostiene la absoluta autonomía de la razón y de la fe. La razón se preocupa de lo profano y la fe y religión se preocupan de lo sagrado. No se contradicen entre sí ya que no se ocupan de lo mismo. Es indudable que esta teoría ha marcado el inicio del pensamiento moderno sobre el concepto razón y fe.

La filosofía helenística es la que precede a la irrupción del cristianismo en el mundo. Platón (427-347 aC.) es el filósofo que más es aprovechado por el cristianismo por las varias coincidencias en el pensamiento y su mejor discípulo fue Aristóteles (384-322 aC.). Sin embargo no tardará en marcarse una neta diferencia entre el cris-

tianismo y la filosofía griega. De manera particular con el surgir de algunas corrientes como el *estoicismo* con una concepción del hombre distinta al cristianismo, que fomentaba el desprecio del cuerpo y de las realidades del mundo. Otra corriente religioso-filosófica, es el *gnosticismo* que considera al mundo como algo gobernado por las fuerzas del mal y solamente la gnosis lleva a la verdadera comprensión del alma espiritual, que permite la unión con Dios y libera al hombre de sus ataduras con la naturaleza y el mundo.

De alguna manera la doctrina cristiana emergente, con sus verdades absolutas, logra imponerse al pensamiento filosófico de la época. El gran enfrentamiento se da sobre todo por el concepto de Dios. Mientras las demás culturas anteriores y por ende el pensamiento filosófico admitía la existencia del politeísmo, el cristianismo en cambio se presenta firme con la idea del monoteísmo, mientras los unos creían en una materia eterna en continuo crecimiento, el cristianismo presentaba el creacionismo y por lo tanto sostenía también la permanente intervención de Dios para gobernar el mundo.

En el Evangelio, Santo Tomás Apóstol representa una postura existencialista en la concepción de la razón ante la fe: “Hasta que no vea la marca de los clavos en sus manos, no meta mis dedos en el agujero de los clavos y no introduzca mi mano en la herida de su costado, no creeré.” (Jn. 20, 25) Expresa la tendencia, casi permanente del hombre, de querer pruebas físicas para creer. Según San Agustín, es la fe que nos permite ver y comprender lo que antes solo creíamos.

San Pablo (5-67 dc.) admite que la razón, de alguna manera puede iluminar la intervención de Dios, pero mucho más valor atribuye a la revelación, la cual nos permite llegar a la plenitud del conocimiento. Con eso demuestra que la fe tiene supremacía sobre la razón. En la carta a los Colosenses, podemos encontrar expresiones que nos inducen a ver la separación entre fe y filosofía, por tanto de la razón.

Han recibido a Cristo Jesús como el Señor; tomen, pues, su camino. Permanezcan arraigados en él y edificados sobre él; estén firmes en

la fe, tal como fueron instruidos, y siempre dando gracias. Cuídense de que nadie los engañe con sabidurías o con cualquier teoría hueca, que no son más que doctrinas humanas; pues éste es el camino del mundo y no el de Cristo. (2, 6-8)

Mis palabras y mi mensaje no contaron con los recursos de la oratoria, sino con manifestaciones de espíritu y poder, para que su fe se apoyara no en sabiduría humana, sino en el poder de Dios (1.Cor 2, 4-5).

Pues las locuras de Dios tienen más sabiduría que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres (1 Cor. 1, 25).

El mensaje cristiano, en el mundo griego y romano ha creado escándalo y confusión, poniendo en contraposición la fe cristiana a la reflexión de la filosofía. A la época la concepción cristiana del intercambio entre Dios y el hombre, era algo inconcebible. Este encuentro Dios hombre se realiza con la encarnación de Jesucristo. La concepción de un Dios que comparte la vida con el hombre, y que su relación es basada en la amistad, “Ya no les llamo servidores, porque un servidor no sabe lo que hace su patrón. Los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que aprendí de mi Padre” (Jn. 15,15). El hombre es divinizado y puede vivir la misma vida de Dios.

Los errores filosóficos con respecto a la concepción del cristianismo, van creando situaciones de conflicto, pero serán los Padres de la Iglesia, desde el siglo II, quienes se encargarán de consolidar y de defender la doctrina cristiana frente a los errores y herejías que iban surgiendo. Los primeros son los *Padre Apostólicos*, entre ellos San Clemente de Roma, San Ignacio de Antioquía, San Policarpo, el Pastor de Hermas. Los principales *Padres Apologistas* fueron San Justino, San Teófilo de Antioquia, San Ireneo de Lyon, San Cipriano.

Entre el siglo IV y V, llamado la edad de oro, encontramos entre los Orientales a San Basilio Magno, San Gregorio Nacianceno. San Juan Crisóstomo, San Atanasio, San Cirilo de Jerusalén, San Cirilo de Alejandría y San Juan Damasceno. Entre los Occidentales San Hilario de Poitiers, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín,

San León Magno, San Pedro Crisólogo, San Gregorio Magno y San Isidro de Sevilla.

Esta numerosa lista de Padres, a lo largo de cuatro siglos de historia, nos puede demostrar cómo han favorecido la consolidación de la doctrina católica y una configuración estructural de la misma Iglesia. Han vivido momentos de rechazo y confrontaciones inevitables entre la fe y la filosofía. De quienes rechazaban la fe para defender a la filosofía, de otros que transformaron la fe en ideología volviéndose gnósticos, otros atacando a la filosofía en favor de la fe. En fin el camino es largo para llegar a una posible armonía, entre razón y fe.

El más significativo en los primeros cinco siglos es sin duda San Agustín, el cual sostiene que hay una profunda relación entre el cristianismo y la filosofía. Puesto que la filosofía tiene como objetivo encontrar la verdad y la felicidad del ser humano; el cristianismo encuentra la verdad y la felicidad en las Escrituras, es decir en la palabra de Dios. De él es la expresión “Credo ut intellegam, intellego ut credam. Esto significa que fe y razón se interrelacionan. La razón nos ayuda a tener una fe más convencida, y la fe sin la razón no es verdadera.

San Anselmo (1033-1109), en la época medieval, más o menos mantiene la misma línea de pensamiento de San Agustín, pero considera que la razón por sí sola podría acercarse a la herejía más que a la verdad, la razón siempre necesitará de la fe. Sostiene que no es necesario entender para creer, sino lo contrario, que es necesario creer para entender. La fe ilumina a la razón para llegar al conocimiento de la verdad. Argumenta que el pecado original es una demostración clara de la incapacidad de usar la razón y que solo Dios con su gracia puede iluminar el camino.

Hacia finales del siglo XII vuelve a ser tomada en consideración la filosofía platónico-aristotélica, la cual acepta la posibilidad de que la razón puede llegar a crear un sistema de ideas sobre la realidad. Esta nueva visión de la razón ha puesto en dificultad la relación

entre filosofía y religión, por lo tanto surge la necesidad de buscar una nueva forma de relación entre las dos.

Santo Tomás de Aquino será quien logre integrar este pensamiento con las principales verdades de la religión cristiana. Separa la filosofía de la teología. La filosofía y la razón se ocupan del conocimiento natural, en cambio la fe y la revelación se ocupan del conocimiento sobrenatural, siendo la fe un don de Dios. Según Santo Tomás estas dos dimensiones del conocimiento no son incompatibles, porque supuestamente razón y fe tienen un mismo origen, Dios. Sin embargo siempre se ve a la razón como una subordinada de la fe, visto que Dios es quien inspira el conocimiento a través de la razón. La razón ayuda a acercarnos a las verdades sobrenaturales, no hay incompatibilidad ni oposición entre la una y la otra porque ambas formas de acercarse al saber se originan en Dios.

Fe y razón se ayudan y se apoyan mutuamente, sin embargo hay que considerar que en algún momento la razón tiene afirmaciones que no siempre concuerdan con la fe y los dogmas, sino más bien puede sostener situaciones contrarias. Entonces en verdad ¿cómo conciliar esta ambigua situación? Tomás afirmará que Dios por ser infalible prevalece sobre los conceptos de la razón y de la filosofía, por lo tanto frente al conflicto la fe prevalece sobre la razón y, es la razón la que tiene que rectificar sus criterios para entrar en armonía con la fe. En definitiva Santo Tomás afirma que la fe es la que tiene que iluminar y guiar a la razón.

Guillermo Occam (siglo XIV) no está de acuerdo con esta teoría de Santo Tomás y afirma que las verdades de la fe son inaccesibles para la razón y por lo tanto el entendimiento de la fe queda absolutamente excluido para la razón y el conocimiento humano. La razón no puede alcanzar a explicar lo que creemos por la fe ni siquiera la existencia de Dios.

En la religión judía se pueden considerar dos tendencias: para los judíos ortodoxos se considera a la filosofía como un peligro para

la fe, porque puede conducir a la herejía provocando dudas que podrían afectar a la fe. Los judíos creyentes en cambio sostienen que la fe no necesariamente es una renuncia al uso de la razón, puesto que Dios al crear al hombre le ha dotado de inteligencia, considerada una perfección del mismo ser humano.

Maimónides pensador cordobés, intenta conciliar la Torá y el Talmud con el pensamiento aristotélico. En la Torá se fundamenta la religión de los judíos, en cambio en el Talmud se recoge la doctrina, las ceremonias y todos los preceptos de la religión judía. Este pensador considera a la razón como un don de Dios y piensa que el estudio de la filosofía es un mandato, porque este estudio permite al hombre a través de la búsqueda de la verdad, conocer mejor a Dios. Maimónides afirma que el buen uso de la razón no es una oposición a la religión. A través del estudio racional de las Sagradas Escrituras hace comprender que el lenguaje empleado en la misma es para que el pueblo la pueda comprender, pero no puede ser interpretada literalmente. Considera sin embargo que la razón tiene sus límites, frente a esta realidad tiene que prevalecer la fe.

Los pensadores árabes, entre ellos el más importante Averroes se apegan más a la filosofía griega que a las otras filosofías. El Islam también vio un conflicto entre la fe y la razón, entre la filosofía y la teología. Las escuelas místicas del Islam rechazan la posibilidad de que la razón pueda hacer un análisis de la fe, en cambio el Islam oficial tenía sus reparos frente a la especulación de la filosofía, pues la consideraba un peligro para la fe pudiendo llegar a ser causa de herejía.

Avicena y otros son partidarios de una armonía entre la filosofía y la religión, estos representaban además la tendencia mayoritaria del Islam. Pero enemigo de esta armonía entre filosofía y religión fue el místico Algazel, el cual sostenía que la razón no puede alcanzar ninguna certeza sobre el concepto de Dios y del mundo y que por tanto tampoco podía ser un camino para la solución de los problemas existenciales. Según este místico los filósofos tienen posiciones

contradictorias y todas las posiciones que vayan contra los dogmas de la religión no tienen fundamento.

El filósofo Averroes asume una postura muy distinta de Al-gazel. Defiende la filosofía y la posibilidad de una libre investigación del saber. Los errores de la filosofía no son una razón para menospreciar su aporte al conocimiento de la verdad, puesto que la filosofía es la ciencia verdadera que lleva al conocimiento del hombre. Según Averroes la filosofía tiene la primacía sobre cualquier tipo de conocimiento, la investigación de la filosofía no tiene por qué estar subordinada a la teología. El objetivo de la filosofía es la búsqueda de la verdad a través de una especulación racional, rigurosa y sistemática.

Para Averroes esto no significa un enfrentamiento entre la filosofía y la religión, él era creyente, aceptaba la revelación de Dios a través del profeta Mahoma, considerando al Corán como el libro de Dios. Existen dos vías para llegar a la verdad aunque la verdad siempre será una sola y la filosofía no puede ser un peligro para la fe. Cuando existieran contradicciones entre filosofía y fe, estas serían consideradas como aparentes. Filosofía y fe son los dos caminos para llegar a la verdad, por lo tanto nunca podrán estar en oposición. Esta filosofía de Averroes trascendió el mundo islámico y llegó hasta el renacimiento y en el mundo católico fue muy criticado por su teoría radical sobre el papel de la filosofía.

Razón y fe en la edad moderna

Quiero empezar por el inglés Isaac Newton (1642-1727), sin duda un gran filósofo, físico, matemático, teólogo, el padre de la ciencia moderna. Fue el primero en descubrir que las leyes que gobiernan el movimiento de la tierra son las mismas que gobiernan los cuerpos celestes. Para Newton la ciencia y la religión no eran incompatibles, porque era el mismo Dios que había creado las leyes naturales, por tanto él consideraba que sus estudios para comprender las leyes de la naturaleza no iban contra la religión o la fe. Fue un

hombre sumamente creyente, aunque no estaba de acuerdo con la doctrina de la Trinidad, sin embargo creía en un solo Dios.

Una figura muy controvertida es indudablemente Francois-Marie Arouet (1694-1778), conocido como Voltaire. Filósofo, historiador, político, poeta, novelista, un hombre de una vasta cultura, representante del iluminismo francés. Voltaire de la corriente de Newton, excluye toda posibilidad de que la razón pueda dar respuestas a los problemas metafísicos. Enemigo de toda religión y del ateísmo, considera a Dios como el autor de la creación y del orden cósmico. De Voltaire es la frase: “Si Dios no existe, habría que inventarlo, pero toda la naturaleza nos grita que existe”.

Para Voltaire la existencia de Dios puede ser demostrada a través de la razón, con este criterio se acerca al pensamiento aristotélico. Dios es motor inmóvil y es quien mantiene el orden del cosmos, respeta las mismas leyes por Él creadas sin intromisión en las realidades humanas. La razón es un instrumento que permite elaborar una crítica a la sociedad. Critica a la religión cristiana porque la considera un impedimento en el uso de la razón por imponer el absurdo cumplimiento de actos de fe.

Otro filósofo es Imanuel Kant (1724-1804), conocido por sus conceptos sobre la razón, considerándola en dos dimensiones, la razón teórica o también conocida como la razón pura, que se interesa del “conocimiento del ser” y, la razón práctica que se ocupa por el “deber ser”. Indudablemente la obra más importante de Kant es la “Crítica a la Razón Pura”, donde quiere demostrar que la razón se desarrolla a partir de sí misma y no de la experiencia. Él considera lícito y posible este conocimiento empírico, pero cuando la razón pura quiere explicar realidades que no sean físicas ni psíquicas, es decir las realidades trascendentes, la razón está fuera de sus posibilidades y puede incurrir en contradicciones y falacias.

Para Kant no es posible tener un conocimiento objetivo y científico del alma y de Dios puesto que no se puede dar un cono-

cimiento metafísico, pero considera que se puede dar a través de la experiencia moral ya que ésta no supone necesariamente un conocimiento. De esta manera nos habla de una fe que nace de la razón práctica y la llama racional ya que no se la puede demostrar. En cambio, lo que comúnmente llamamos fe no nace fruto de la razón, sino por la revelación de Dios.

El mayor representante del idealismo alemán y considerado un genio de la filosofía es Georg Friedrich Wilhelm Hegel (1770-1831). En sus concepciones filosóficas vemos recogido, profundizado y criticado el pensamiento de filósofos contemporáneos o que lo precedieron, como Spinoza, Kant, Fichte, Schelling y otros. Sin duda la filosofía de Hegel tiene contenidos que nacen de la teología, la metafísica y la crítica. Envuelto en el cumplimiento de sus actividades ya sean culturales, sociales e históricas. En este devenir y sucederse de los acontecimientos es donde entra la filosofía que se va construyendo por medio de la dialéctica como método.

Este es el camino que lleva al conocimiento y al entendimiento de lo que es el ser puro, pero a este ser puro está ligado también el no-ser, es decir la nada. Esta unidad entre el ser y no ser, según Hegel, se encuentra la definición más pura del Ser Absoluto. El ser y no ser son inseparables, y permanentemente el uno sucede al otro. Con este criterio llega a afirmar que Dios está en un constante devenir. Considera que la filosofía posee los mismos contenidos que la religión, pero subordina la religión a la filosofía y también a la política y por tanto concluye afirmando la supremacía del Estado sobre la Iglesia.

Un representante del positivismo es el francés Auguste Comte (1798-1857), el cual habla de tres estadios del conocimiento: el teológico, el metafísico y el positivo. En el estadio teológico expresa la situación del hombre en los principios de la humanidad, que incapaz de entender los fenómenos del universo y de la naturaleza, acudía a respuesta mágicas, de dioses que intervenían y controlaban los distintos fenómenos. En un largo proceso histórico llega a la afirmación de la existencia de un solo Dios.

En el estadio metafísico se da un paso que va desde la intervención de las divinidades, a la formulación de ideas ligadas a la naturaleza, a la esencia de las cosas, a fuerzas contenidas en la misma naturaleza, elementos que antes se consideraban manejados por las divinidades. Aparece el pensamiento abstracto. En la etapa positivista se superan y se dejan atrás los otros dos primeros estadios. Es la etapa en la que el hombre comienza a usar la observación y la experimentación de los fenómenos para luego ir formulando leyes y llegar a la comprensión y al dominio de la naturaleza, estas etapas o estadios se excluyen mutuamente.

Según Comte la metafísica excluye a la religión, posteriormente, en la medida en que el hombre progresa en su conocimiento y llega al tercer estadio, va excluyendo a la religión y a la metafísica. Ambas serán sustituidas por la ciencia, aunque admite que la religión permanecerá por simples necesidades sentimentales.

Uno de los grandes traumas producidos en la historia del hombre y de una lucha verdadera entre Ciencia y Fe, Ciencia y Dios, Ciencia y Religión, que todavía no tiene una solución, ha sido la teoría del Evolucionismo, nacida de los estudios realizados por el inglés Charles Darwin (1809-1882). Su teoría de la selección natural ha sido motivo de grandes controversias, entre filósofos, científicos y teólogos.

Creacionismo y evolucionismo se volvieron como caballos de batalla a favor de unos y en contra de otros. La teoría de Darwin interpretada literalmente, choca con la concepción plurimilenaria de un Dios creador de todas las cosas, mientras el evolucionismo quería científicamente demostrar que las especies no eran fruto de creación, sino de selección natural. Por tanto, era poner a Darwin contra Dios Creador, contra los dogmas de la Iglesia.

Darwin tuvo formación teológica en un seminario anglicano, aunque no llegó a ser sacerdote, no era su intención negar a Dios. Pero fue difícil para los que trataban de dar una explicación a su teoría, comprender que la de Darwin era una teoría científica y no

una ideología religiosa. La gran confusión se produce precisamente cuando la ciencia se inmiscuye en cuestiones religiosas y viceversa.

Recordemos que Galileo tuvo problemas con la Iglesia por afirmar algo contrario a lo que estaba en la Sagrada Escritura. Afir-mar que la tierra gira alrededor del sol era algo herético, la ciencia no podía formular contradicciones contra la Palabra de Dios. Quedó famosa la frase de Galileo: “Eppur si muove”, al salir del tribunal de la Santa Inquisición en Roma, donde después de haber sido condena-do, para no ser torturado por segunda vez, se vio obligado a abjurar lo que él había afirmado.

El 22 de junio de 1633 fue condenado a prisión domicilia-ria. Solo 115 años después de su muerte es decir en 1757, la Iglesia permitió que se enseñara la teoría del heliocentrismo de Galileo. La condena fue levantada en 1822 y, fue el Papa Juan Pablo II en 1983 quien dio credibilidad a la teoría de Galileo y lo habilitó totalmente. Tácitamente Roma admitía que se había equivocado.

Para Darwin la ciencia era fruto de la razón, mientras que la fe no dependía de la razón, sino en creer sin pruebas y por lo tanto un acto irracional, es creer en algo sin poderlo demostrar.

La Iglesia en estos últimos años se ha pronunciado sobre esta teoría. Ya Pío XII en la Encíclica “Humani Generis” habla de la evo-lución como algo que hay que tomar en consideración. En el mensaje de Juan Pablo II a los miembros de la Academia Pontificia de Cien-cias así se expresa:

Teniendo en cuenta el estado de las investigaciones científicas de esa época y también las exigencias propias de la teología, la encíclica Humani generis consideraba la doctrina del ‘evolucionismo’ como una hipótesis seria, digna de una investigación y una reflexión pro-fundas, al igual que la hipótesis opuesta...

...Hoy, casi medio siglo después de la publicación de la encíclica, nuevos conocimientos llevan a pensar que la teoría de la evolución es más que una hipótesis. En efecto, es notable que esta teoría se

haya impuesto paulatinamente al espíritu de los investigadores, a causa de una serie de descubrimientos hechos en diversas disciplinas del saber. La convergencia, de ningún modo buscada o provocada, de los resultados de trabajos realizados independientemente unos de otros, constituye de suyo un argumento significativo en favor de esta teoría.

Otra corriente filosófica que ha generado una crisis en la interpretación de la religión con respecto a la realidad del hombre es el materialismo dialéctico, su mayor representante es Karl Marx (1818-1883). Para Marx la religión es el opio de los pueblos. El hombre refleja al exterior de sí, esos valores internos, en una realidad que lo trasciende. Declarado abiertamente ateo, religión y Dios son una creación de la mente del hombre y no es Dios quien ha creado al hombre. La fe para Marx es una experiencia de algo irreal, por tanto de algo que no existe.

En su libro, *Introducción Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, Marx se expresa así:

La base de la crítica irreligiosa es ésta: el hombre hace la religión; la religión no hace al hombre. En otras palabras, la religión es la autoconciencia y la autoidentidad del hombre en tanto que éste no se ha encontrado a sí mismo o se ha extraviado de nuevo. Pero el hombre no es un ser abstracto habitando fuera del mundo. El hombre es el mundo humano, el estado, la sociedad. Este estado, esta sociedad, producen la religión, la cual es una conciencia del mundo invertida porque estos son un mundo invertido. La religión es la teoría general de este mundo, su compendio enciclopédico, su lógica en versión popular, su punto espiritual de honor, su entusiasmo, su sanción moral, su solemne complemento, su base general de consolación y justificación. Es la realización fantástica del ser humano en tanto que éste no posee realidad verdadera alguna. La lucha contra la religión es, por lo tanto, indirectamente una lucha contra ese mundo de cuyo aroma espiritual es la religión...

...La religión es una queja de la criatura oprimida, el sentimiento de un mundo sin corazón, y el alma de unas condiciones desalmadas. Es el opio del pueblo. La abolición de la religión como la felicidad

ilusoria de los hombres es una demanda para su felicidad real. El llamado a abandonar sus ilusiones acerca de su condición es un llamado a abandonar una condición que requiere de ilusiones. La crítica de la religión es, por lo tanto, la crítica embrionaria de este valle de lágrimas del cual la religión es el halo.

El materialismo dialéctico se fundamenta en la materia y sostiene que las ideas surgen de la misma materia, tienen un origen físico. Se apoya en los resultados que pueden proporcionarle la ciencia y todos sus avances. Marx hace una crítica a aquellos filósofos que no han hecho más que hacer interpretaciones de la realidad y del mundo, pero, no se trata de hacer interpretaciones, sino de realizar cambios que beneficien al progreso de la sociedad y del mundo.

Tratando de finalizar esta presentación histórica sobre este tema, quisiera presentar el pensamiento de dos filósofos más cercanos a nosotros, José Ortega y Gasset (1833-1955), filósofo español y Jean-Paul Sartre (1905-1980) el principal representante del existencialismo francés.

Ortega y Gasset considera a la fe como un acto de la inteligencia. Creer no significa anular la presencia de la razón, pero él nos habla de una fe viva, hecha experiencia concreta y critica a los cristianos que aceptan la fe pero la aceptan solo teóricamente, sin constituir para ellos ningún compromiso con la realidad. Diera la impresión que el filósofo hubiese leído la carta del Apóstol Santiago.

En su infancia y adolescencia Ortega y Gasset era creyente, luego tuvo un período de militancia en el comunismo y se volvió ateo, pero en su edad adulta vuelve nuevamente al cristianismo. Considera que la fe es válida cuando es viva y activa. En cambio cuando la fe es una simple función del cerebro puede quedar sujeta al capricho de nuestra voluntad y es inoperante.

Jean-Paul Sartre el mayor representante del existencialismo, aunque él no sea el fundador de esta corriente filosófica, concibe a la existencia como algo absoluto, no estático, que se va creando a sí

misma en total libertad, por tanto considera que la existencia es solamente de aquellos seres que pueden hacer uso de la libertad. Siendo la existencia algo exclusivamente en manos del hombre y siendo el autor de su misma existencia, se transforma en algo subjetivo. El hombre se vuelve capaz de ser para sí mismo, autor de su propia existencia.

Este subjetivismo del hombre sin embargo no lo encierra en sí mismo, descubre la necesidad de relacionarse con los otros. Esta acción de abrirse al otro lo lleva a comprender que es necesario crear una coexistencia. En forma general podemos afirmar que la filosofía existencialista es pesimista en su concepción, por determinar que la existencia humana no tiene sentido. Al no tener ninguna direccionalidad pierde la razón que puede motivarle a caminar hacia tal o cual dirección. Según la metafísica tradicional, existía la concepción de la esencia y existencia. La esencia representaba a Dios y la existencia al hombre. La esencia tiene la función de transmitir la existencia. Pero en el caso de la filosofía existencialista, precisamente falta una de las dos dimensiones, por lo tanto parece que la acción lógica sea la de negar la existencia de Dios. Sartre parte entonces de un ateísmo radical para explicar la existencia del hombre. Si Dios ya no existe, la metafísica antigua, esencia y existencia, pierde sentido.

Si Dios no está presente con su esencia, permanece solo la existencia. La existencia es estar presente, por tanto la forma de existir depende necesariamente de la forma de ser del hombre, puesto que no depende de una esencia exterior a su realidad. Esto obliga al hombre a ejercer su libertad y a actuar como ser libre.

Al terminar esta parte histórica es oportuno recordar la encíclica de Juan Pablo II "Fides et Ratio" (14 de septiembre de 1998). En esta encíclica se hace una reseña histórica del tema y tratando de hacer una síntesis de la misma, la fe y la razón son consideradas como fundamentales para llegar a la verdad. El contenido principal de la encíclica es la búsqueda de la verdad, por tanto la razón debe realizar su papel para llegar a la verdad y, el Papa pide un esfuerzo para que fe y filosofía vuelvan a "encontrar un camino" juntos.

El Papa reconoce y aprecia el trabajo que realiza la filosofía para alcanzar verdades que permiten un mayor conocimiento de la existencia del hombre y considera a la filosofía una ayuda importante para la inteligencia de la fe y la presentación del Evangelio para aquellos que aún no lo conocen. En dos capítulos de la encíclica emplea la expresión de San Agustín: “Credo ut intellegam, intellego ut credam”, “creo para comprender y comprendo para creer”.

El conocimiento que nos da la razón humana nos ayuda a llegar hasta Dios Creador, pero existe otro conocimiento que es propio de la fe y, estas dos realidades no se obstaculizan entre sí, sino que más bien la una ayuda a la otra.

A modo de conclusión de la parte histórica

El panorama histórico de razón y fe hasta nuestros días, se ha debatido siempre entre controversias y esfuerzos de conciliación. Papel importante tiene la Iglesia para intentar una reconciliación entre la filosofía, la teología y las ciencias en general, entre la razón y la fe. Indudablemente, por otro lado, no podemos negar la existencia de quienes han creído más lógico que existiera una supremacía de la razón sobre la fe, poniendo a la Iglesia en una situación beligerante por tratar de sostener principios de las Sagradas Escrituras y de los Dogmas. Otra postura es la de considerar que la razón y la fe no se oponen y pueden cooperar la una en el entendimiento de la otra.

Los filósofos de los últimos dos siglos abrieron el campo para crear una separación entre razón y fe, dando supremacía a la razón. No podemos negar que se ha dado una ruptura histórica, paulatina y progresiva. La misma concepción de Dios y de fe ha sufrido variadas interpretaciones. La sociedad ha sufrido transformaciones, pasando de ser una sociedad agraria a una sociedad industrial, de una sociedad industrial a una sociedad tecnológica y ahora podemos hablar de una sociedad virtual. Se pasa de lo particular a lo global. Se pierde la centralidad de la persona, para dar supremacía a lo económico.

El capital económico es más importante que el capital humano. Lo humano se transforma en un elemento al servicio del capital.

Nuestra época moderna está reflejando más sombras que luces, la globalidad tiene características que favorece más a unos pocos antes que a las mayorías. Mucho desarrollo en el campo de la técnica, los conocimientos, la comunicación, pero todo se vuelve acumulativo, grandes empresas transnacionales, son las que dominan el mercado mundial, como consecuencia se da un empobrecimiento de las realidades locales.

Al entrar en este mundo de mercado, todo se justifica en función de la economía. Se usa la razón, pero para justificar y construir una inteligencia que domine la globalidad y la mundialización. El marketing, la mercadotecnia se vuelven fundamentales para las multinacionales y transnacionales para poder extender su poderío. Estas empresas junto a los bancos mundiales se vuelven los nuevos imperios modernos. Ellos son los que hacen e imponen sus leyes al resto del mundo.

Los avances de la electrónica, de la nanotecnología, de la informática, de la robótica, de la biotecnología, de la genética, están creando en el hombre una mente de autosuficiencia y relativismo. Él se abastece a sí mismo, él es el autor de sus propias normas. Nadie tiene el derecho de decir nada ni de cuestionar lo actuado, cada uno es juez de sí mismo. Tal vez ha llegado el momento de dar razón a Erich Fromm y admitir que estamos llegando a ser dioses.

Esta falsa autosuficiencia del hombre en el campo tecnológico y científico, está produciendo un nuevo ateísmo, que aunque no sea declarado, pero lo es en la práctica y, quizás este ateísmo práctico sea más peligroso que el ateísmo declarado. Porque el hombre vive sin cuestionar su identidad o relativizando todo lo que anteriormente consideraba necesario y cierto.

Razón y fe: ¿cómo plantear el problema hoy?

Situación actual

En este mundo tan tecnificado y globalizado, donde la comunicación se ha vuelto un hecho instantáneo, donde los medios visuales y virtuales han asumido un papel preponderante, donde no existen distancias; el conocimiento con el internet se está poniendo en manos de las grandes mayorías, aunque todavía existen detractores del uso de las nuevas tecnologías o le restan importancia al peso que están asumiendo, frente a los grandes avances científicos que dan razón al papel de la razón, ¿tendrá todavía cabida la fe?

No cabe duda que no obstante los avances alcanzados, la humanidad está atravesando momentos sumamente críticos, que a veces parecen no tener salida. Está en crisis el pensamiento por lo tanto la misma filosofía, está en crisis la metafísica, las religiones están en crisis, la vida religiosa y sacerdotal parecen ser instituciones del pasado, la misma familia y su constitución tiene ahora varias formas de ser entendida. El matrimonio parece que también tiene sus nuevas fórmulas. La educación a nivel mundial, cuestionada por los nuevos medios de comunicación y las tecnologías de la enseñanza, tampoco se libera de estar en crisis. La economía ha tenido una crisis de la que todavía no logra salir, la misma tierra está en crisis por el maltrato recibido por el hombre poniendo en peligro el equilibrio ecológico.

La democratización del conocimiento, con el irrumpir del internet, va elevando el nivel de conciencia en la persona, aumenta su capacidad de comprensión de la realidad y de los fenómenos que la rodean. El nivel de ingenuidad y de ignorancia va disminuyendo y hay que tener por cierto que no son las estadísticas de la escolaridad a nivel mundial las que reflejan la realidad del analfabetismo, porque ahora es mucho más fácil instruirse sin ni siquiera pisar un aula de escuela. Más bien en pocos años los analfabetos no serán los que no saben leer y escribir, sino aquellos que no saben utilizar los medios modernos de comunicación.

Hoy el profesor tradicional, que solo utiliza el texto impreso y que manda a investigar en una biblioteca con libros envejecidos, que toma exámenes pensando que estos son índice del conocimiento de sus alumnos y que cuantifica el saber con un número, ya tiene poco tiempo de duración. La tecnología atropella sin piedad y entra en la vida de cada persona como si fuera parte integrante de la misma constitución del ser humano, se está formando una simbiosis sin precedentes, y lo malo es que muchos en lugar de buscar utilizar las bondades de estas nuevas tecnologías, se ponen en una actitud de oposición.

Los procesos de desarrollo del mundo no tienen regreso, la historia nos enseña que el hombre siempre ha caminado hacia la comprensión del mismo ser humano y del medio. Estos procesos han contribuido a cambiar en forma progresiva la cultura, las costumbres, la conducta, la misma religiosidad y el nivel de conocimiento y de vida. En estas últimas décadas este proceso ha sido vertiginoso, de tal manera que no dio tiempo para interiorizar lo nuevo.

La Iglesia católica que a lo largo de los siglos ha sido el motor del conocimiento y de alguna manera quien imponía la verdad, ahora sigue con una actitud de condena y de lanzar anatemas frente a todos los descubrimientos realizados por el hombre, sobre todo aquellos que se refieren a la cuestión genética. Todo aquello que va contra la doctrina milenaria de la Iglesia es considerado error o moralmente inaceptable. Esta postura de la Iglesia también puede haber contribuido en su pérdida de credibilidad.

La Iglesia se presenta como una institución anticuada, que está más preocupada de predicar y adoctrinar. Sigue una rutina que no llama la atención, sino más bien produce aburrimiento y desinterés. Se la ve como una estructura anacrónica, que sobrevive pero que no aporta nada interesante al mundo cambiante de hoy.

Usa un lenguaje extraño, lejano, extremadamente conservador y doctrinal. Una Iglesia que se preocupa solamente por sostener sus dogmas y sus estructuras, que se limita a hacer observar precep-

tos y normas, y el cumplimiento de ritos que no son comprendidos por la mayoría de sus feligreses.

La Iglesia ha perdido la fuerza de anunciar la buena nueva, y la valentía de condenar las injusticias, los abusos y las mentiras de la sociedad. Las declaraciones que muchas veces hace públicamente son muy genéricas y abstractas, como para no comprometerse demasiado y que no inciden en un cambio de la sociedad. En muchas circunstancias vemos a una Iglesia comprometida con los que ostentan riqueza y poder. Una Iglesia que juega y se acomoda con las oportunidades que se le presentan.

Actualmente es más bien una institución para adultos, y sobre todo viejitas. La Iglesia debería tener el valor de replantearse una verdadera renovación en sus estructuras, en su forma de evangelizar, en su forma de gestionar el concepto de Dios, de la Fe, de Cristo, de la Jerarquía.

En honor a la justicia, en este momento tengo que afirmar que la presencia del nuevo Papa Francisco, está creando en el corazón de los cristianos y de los no cristianos nuevas esperanzas. Una visión más humana de la Iglesia, menos burocrática y más cercana al pueblo y a sus necesidades, menos dogmática y aferrada a sus estructuras, para abrirse al Jesús del Evangelio que se comprometió en primera persona por la causa de los pobres.

¿Fe en quién? O una nueva comprensión de Dios

Como hemos mostrado al principio de esta presentación, el concepto de Dios ha ido evolucionando a la par que se iba dando una mayor comprensión del universo y de los fenómenos relacionados al desarrollo del hombre y de la naturaleza. Para los que somos cristianos reconocemos la plena revelación de Dios en la Encarnación de su Hijo Jesús, el cual a través de su predicación, pero sobre todo a través de sus obras, ha querido mostrarnos el Rostro y el Corazón del Padre.

Cuando Jesús habla del Padre, no hace disquisiciones teológicas para presentarlo, sino que emplea siempre ejemplos sencillos y claros para que su pueblo lo comprenda, entonces emplea parábolas con sabor campestre, comprensibles para su pueblo, campesinos y pastores en su mayoría. Por tanto tenemos las parábolas del buen pastor, del dueño de la viña, del sembrador, del grano de trigo, de la cizaña, etc.

Pero en el imaginario cristiano ¿cuál es el Dios que está presente en la mayoría de fieles? Parece que el Dios de Jesús no logró entrar en nuestra mentalidad, puesto que más que amor a Dios se ha inculcado el temor. Para muchos Cristo ha quedado en la cruz y, la idea que nos hemos formado de un Dios que mandó a su Hijo para que lo maten en la cruz, subsiste en la mayoría de nuestros ancianos y no solo ancianos, puesto que hoy hay un gran número de jóvenes con tendencias fundamentalista que se aferran a estas ideas que son más del Antiguo Testamento que del Nuevo.

Quiero citar textualmente una reflexión de José M. Rivas en *Eclesialia*, sobre lo que no es la figura del Padre:

...La idea, por demás cicatera, mezquina y sádica, que de Él dan sin advertirlo los que siguen la vía dolorosa de la autoinmolación reparadora y de la penitencia por los pecados propios o los ajenos. Esa misma idea es la que con toda buena fe inculcan cuantos proponen a los mismos como ejemplos a imitar. Y es la única que puede justificar y dar sentido —desde su erróneo punto de vista— a los preceptos penitenciales, mortificantes y sacrificiales. Ésos que se nos urgen eclesialmente, y que precisamente los más fervientes se destacan en acatar, pese a que ninguno de nosotros los debería aceptar (Col 2,20-23).

Aún más: desde la fe en Dios Amor (1Jn 4,16) ni siquiera se ve la lógica de la muerte cruenta de Jesús, como sacrificio único de expiación o de redención. Nuestro Dios no tiene corazón de mercader, sino sólo de Padre colosal y por antonomasia. ¿Qué necesidad de cobro de nuestras deudas podrá tener Él, cuando está dispuesto a condonárnoslas gratuitamente con sólo pedirselo, aunque se trate de “millonadas”, como la de los diez mil talentos? (Mt 18,32)

¿Y cómo encajar el “cobro” en quien sabemos que incluso está pendiente de nuestro regreso, para salir corriendo Él mismo a nuestro encuentro al vernos llegar a lo lejos? ¿O es que lo está para mandar a sus criados a que nos den, antes de conducirnos a su presencia, una buena tunda en penitencia y pago por nuestro mal proceder? ¿Sería lo propio del dios legalista, justiciero y sádico que nos hemos inventado! Tan propio de “ese dios”, como negación blasfema del verdadero, cuyas entrañas de amor le fuerzan a salir corriendo a nuestro encuentro, para echársenos al cuello, cubrirnos a besos y ordenar a sus criados: “Vestidle con el mejor traje, ponédle sortija en su mano y calzarlo. Traed el novillo cebado y sacrificarlo. Comamos y hagamos fiesta, por este hijo mío que he recuperado” (Lc 15,20-24). ¿Que eso es así porque Jesús pagó nuestro rescate? ¿Rescate de quién? No podemos decir que de “las garras del diablo”, como si con él tuviéramos la deuda. Tampoco que el maligno pueda albergar en ningún caso derecho alguno frente a Dios. Menos aún, cuando toda su hazaña se queda en “robar, saquear y destruir” lo que sólo pertenece al Creador. ...En realidad, El Padre no le envió al mundo a pagar nada. Lo mandó a ser el buen pastor que, marchando en cabeza (Jn 10,4) nos guiara con su andar y su verdad (Jn 18,37). A fin de que nosotros no quedáramos en tinieblas (12,46); sino que tuviéramos vida y que ésta fuera abundante (10,10). Jesús buscó de veras nuestro bien y ‘discurrió por todas partes’ haciéndolo (Hch 10,38). Hasta exponer consumadamente su propia vida (Jn. 10,11), por hacer frente a los lobos y por defendernos de los ladrones y salteadores, cuyo oficio es ‘robar y matar y destruir’ (v. 10). Este amor suyo a nosotros es réplica, muestra y traslado del que nos tiene desde siempre el Padre que le envió (Jn 12,45).

La cruz no es el símbolo del cristiano

Es probable que la Iglesia haya empleado el mismo símbolo de la cruz como para mantener en el cristiano en el sentido de culpa. Pero es una interpretación arbitraria pensar que la cruz es el símbolo de la fe.

La cruz no puede ser el elemento fundamental de la fe, puesto que no refleja la esencia de la presencia de Cristo en la historia del hombre, es la consecuencia de una vida coherente con la historia y la realidad. La muerte de Jesús es sobre todo la consecuencia de

denuncias contra un sistema religioso y político opresor, que trata de defenderse a sí mismo y mantener la estructura, más que preocuparse de las necesidades reales del hombre y la mujer. Este sistema de injusticia que expresa la maldad del hombre es el que directa o indirectamente lleva Jesús a la muerte.

La muerte de Jesús como fruto del pecado del hombre es indudablemente una interpretación posterior de las comunidades cristianas. Es querer forzar un sentimiento de culpa en el hombre para hacer de Cristo el Salvador de la humanidad, y probablemente intencionalmente o no, crear en el ser humano un sentido de culpabilidad.

¿Es tal vez la cruz una forma de sumisión impuesta para que el cristiano se sienta culpable de la muerte de Cristo por pecados que él no ha cometido? Puesto que un hombre con sentido de culpa, es más fácil utilizarlo de acuerdo a intereses creados. De alguna manera se vuelve más fácil poderlo manipular y condicionarlo por su ignorancia, hacia creencias de la existencia de premios y castigos, merecidos por su conducta pecaminosa, y por haber contribuido por su maldad, a la muerte de Cristo.

¿Es en verdad Cristo el Salvador del hombre?, o simplemente fue un hombre coherente con sus principios y dio una respuesta al plan de Dios en su vida. Un hombre capaz de ver el sufrimiento y la explotación de su pueblo, impuesto por propios y extraños. La cruz no fue algo particular para Jesús, muchos de su pueblo ya habían sufrido ese mismo suplicio. Fue utilizada no solo por los romanos sino también por otras culturas, como forma de dar muerte a delincuentes.

Pero la cruz es un momento transitorio de la vida de Cristo, resultado de su revolución social y religiosa. La centralidad de la predicación de Cristo es el anuncio de una nueva vida que se fundamenta esencialmente en el amor y la felicidad, y como consecuencia de ello podemos hablar, de justicia, fraternidad, igualdad entre los hombres, por el mismo hecho que en Dios todos somos iguales. El

vino para construir, aquí y ahora, el reino del amor. Ofreciéndose Él mismo como ejemplo hasta las últimas consecuencias.

El objetivo fundamental de la predicación de Jesús es el anuncio de una nueva vida, que ya está presente entre nosotros. No es el anuncio de algo que sucederá en otra vida, sino que inicia en esta misma realidad. La búsqueda de la justicia, del amor, de la fraternidad, no es precisamente para vivirla en la vida futura, sino que es parte de la vida presente.

Volviendo a la idea de la cruz, es importante recalcar que es solo un momento de transición, porque Jesús no quedó en la cruz, sino que volvió a la vida en una forma que nosotros no comprendemos. La cruz no es el momento culminante de la vida de Cristo, sino solo un paso, el momento culminante es su presencia viva que durará para siempre con la Resurrección.

Por tanto la cruz que es símbolo de muerte, no puede transformarse en el símbolo del cristiano, porque estaríamos idolatrando la muerte y menospreciando lo que en verdad es el centro de la predicación de Jesús, el cual nos dice que “ha venido para traernos la vida, y ésta en abundancia” (Jn. 10,10).

El fijarnos solamente en la cruz es distorsionar el objetivo fundamental de la presencia de Cristo y su predicación. El predica la vida y no la muerte, el amor y no el odio, la paz y no la guerra. La unidad y la fraternidad son el resultado inevitable de la creencia de que todos tenemos un solo Dios y Padre.

La cruz no es signo de vida, sino de muerte, por tanto no tiene sentido tenerla como símbolo fundamental de la fe. La Resurrección es el símbolo del cristiano, pero la resurrección no tiene un símbolo histórico visible. Por tanto el único símbolo es el testimonio de la presencia de Cristo a través del amor. El verdadero signo de la presencia de Cristo es “Miren como se aman” (Hechos 4, 32; 2, 42; 5, 12-16) porque esa es la verdadera forma de manifestar su presencia, y no con una cruz colgada del cuello o en la solapa de un terno.

Dios no quiso la muerte de su Hijo, sino su propia felicidad y la felicidad pasa también por el sufrimiento. Pero si el objetivo final es la felicidad, no me quedaré recordando siempre el sufrimiento por el que he pasado para alcanzarla, no tengo porque tener siempre presente la idea de la cruz, porque eso más se acerca al masoquismo, antes que a esperanza de vida nueva.

El cristiano tiene que buscar el bien y la felicidad de todos, pero si este bien y felicidad conllevan momentos de sufrimiento, no significa que el sufrimiento sea el objetivo final. Es una condición para llegar a la meta, pero la meta no es el dolor, ni la cruz. Por tanto Cristo no hay que recordarlo en la cruz, sino en la vida simbolizada por la resurrección.

Si persistimos en considerar a la cruz como símbolo, puede surgir la sospecha de que se esté instrumentalizando con otros fines que no son la felicidad del hombre, sino para conservarlo en un estado de letargo mental, para manipularlo con fines distintos a su libertad y felicidad.

El hombre es y no es, es la suma de lo que es y lo que le dicen que es. Educar al hombre a la dependencia, es más cómodo que educarlo al uso de la libertad. Este tal vez es el drama que se vive en la sociedad y en el mundo actual. Condicionados por intereses más de monopolios y de grupos o religiones, tratamos de mantener al hombre sumiso, para manipularlo según fines que no responden a su felicidad, sino a la felicidad de otros, que se han inventado formas propias de ser felices, con sus normas y leyes.

La masa humana, aunque esta expresión suene mal, está sujeta al va y ven de los intereses de los que la gobiernan. Parece que solo unos tienen la verdad, y las formulas de la felicidad. Parece que solo unos pueden usar su inteligencia y otros no. El hombre es considerado un eterno inmaduro. Los gobiernos, las religiones, toda organización que se auto-constituye a un supuesto servicio social, no hacen más que llevar el agua a su molino, por encima de la verdadera felicidad del hombre. Estos organismos emanan sus propias normas y leyes, y sin posibilidad de discusión son impuestas a los demás bajo el pretexto

del bien común, y las religiones, que en general todas ellas son moralizantes, imponen fardos pesados a los que hay que sujetarse y obedecer, bajo la pena de la condenación eterna o de excomunión.

¿Pero esto significará todavía algo en el mundo actual? Personalmente creo que hoy la mayoría de los mortales, tiene instrumentos y medios suficientes para alcanzar el conocimiento, como para poder llegar a su realización sin los condicionamientos de instituciones que imponen sus propias condiciones.

La única verdadera preocupación será que el hombre aprenda a respetar la vida, el ambiente, los bienes comunes, la convivencia pacífica. Aprenda a vivir en sintonía con el cosmos y toda la naturaleza, porque todos somos parte de una misma realidad. Hacer comprender la dimensión planetaria que tiene la humanidad.

Entonces la tarea de toda institución pública no será la de imponer normas, sino ayudar a descubrir los valores fundamentales para la construcción del bien común.

Conclusión: razón y fe no son el dilema

Considero que el problema razón y fe no son el dilema, porque ambos conceptos se mueven en el campo de la especulación. No lo considero en la actualidad un problema trascendente, más bien antes que hablar de lo trascendente de la vida humana, habría que hablar de lo inmanente, de lo terrenal. ¿Cómo plantear el problema razón y fe con aquellos que no tienen creencia alguna? ¿Cómo unir a toda la humanidad, sin lesionar culturas, tradiciones y credos? ¿Tal vez una utopía?

Pero hay que considerar que en toda cultura, por diferente que sea, se puede llegar a extraer de cada una de ellas valores que pueden ser comunes. El valor de la vida, la dignidad de la persona, el derecho a la educación, el derecho a una familia, a una vivienda, al trabajo, a un sustento digno. Todos estos valores se pueden rescatar desde el corazón del ser humano. El amor es ciertamente un lenguaje común, aunque tal vez poco utilizado.

El amor no es una teoría ni un simple concepto, aunque puede haber distintas interpretaciones sobre el mismo. Ordinariamente cuando hablamos de amor, entendemos esencialmente la relación entre dos personas que se intercambian afectos, emociones, sentimientos, y que tienden a establecer una relación permanente.

En la filosofía se habla también del amor como una virtud que mueve a la compasión, a la bondad y al afecto hacia los demás. También hablamos en general del amor hacia las artes, como la pintura, la música, la literatura, el teatro, o podemos expresar nuestro amor hacia la naturaleza, hacia los animales, las plantas, al mismo saber, en fin en muchas manifestaciones más.

Podemos comprender el amor como una necesidad intrínseca a la misma naturaleza humana. La “finitud” del ser que de alguna manera lleva a buscar su complementación en el otro. Esta finitud es entendida también como “contingencia”, es decir la necesidad y la posibilidad de alcanzar algo. Sin embargo supuestamente el amor, o la persona que ama debería intentar buscar la realización y la felicidad del otro.

Los cristianos identificamos a Dios como Amor, figura que se nos ha presentado por Jesús. No un Dios teísta, que desde afuera nos controla, gobierna y castiga según el caso. Esta idea del Dios teísta ha tenido bajo control a la humanidad. Creemos que este concepto de Dios está por cambiar, porque el hombre busca su verdadera autonomía y libertad.

Negar la intervención de un Dios teísta, en los destino del mundo y de la humanidad, no significa negar la existencia de Dios. Negamos la existencia de un Dios creado por nosotros mismos, creado de acuerdo a nuestras necesidades. Los judíos hace 3000 años pusieron como primera norma no hacer imágenes de Dios (Ex. 20, 4-6), también prohibieron nombrar el nombre de Dios, porque consideraban que al nombrar a Dios, podía ser una tentación de conocerlo y poseerlo.

Dios no necesita imágenes ni templos, porque eso significaría darle características antropomórficas, pero esto tampoco significa negar a Dios, sino más bien es tratar de comprender que las palabras y las acciones humanas, jamás lograrán captar a Dios. Los humanos podemos abordar a Dios solo por analogía, pero el lenguaje antropomórfico no hace más que distorsionar el concepto.

Intentar demostrar o negar la existencia de Dios, me parece una arrogancia intelectual, aunque filósofos, teólogos y santos hayan intentado con sus teorías metafísicas demostrar dicha existencia. ¿Cómo pensar en Dios sin la idea teísta? Los cristianos la única revelación de Dios decimos que la tenemos en Jesús. Pero Jesús no ha hecho especulaciones teológicas para explicar a Dios. Nunca ha intentado definirlo. El Dios de Jesús se llama “Amor”, un amor que se construye amando y, si hablamos de una experiencia de lo trascendente, se puede dar precisamente a través del amor. Para el cristiano Dios es el Amor y el amor verdadero se transforma en Dios.

La idea de un Dios que existe, significaría que debería someterse a las leyes físicas, el existir implica corporeidad, implica poseer materia, pero bien sabemos que la materia es finita. Tiene un principio y un fin por tanto viene espontáneos decir que “Dios no existe”, pero esto asustaría a no pocas personas. Pero el mismo Dios en la Sagrada Escritura se define como: “Yo soy el que soy” (Ex. 3, 14). Se define como Ser y no como Existencia. Pero sería largo tratar a fondo este tema filosóficamente o teológicamente. Regresamos a la expresión de que Dios es Amor.

El Amor no tiene ni espacio ni fronteras, no depende de nadie, sino y solamente del ser que ama. Para el cristiano, amor y Dios se vuelven la misma cosa. Dios no viene desde afuera, ni desde arriba, sino que está dentro del ser que ama, está dentro de cada uno. Dios se transforma en una experiencia viva del amor, Dios no es una teoría o un concepto de la razón, es la razón misma que impulsa la vida. La experiencia viva del amor es la que permite descubrir la presencia de Dios o de lo trascendente en la vida del hombre.

Dios es el Amor que ama, y el amor nunca podrá ser una imposición para el ser que es amado. El ser humano, en la medida que descubre que en el amor está la verdadera felicidad, llámese Dios, Jehová, Yahveh, Adonai, Todopoderoso, Altísimo o como quiera, el amor será el que lleve al hombre y a la mujer a su verdadera realización personal y social.

Bibliografía

- Cox, H. (2011). *El futuro de la fe*. México: Editorial Océano.
- Harris, S. (2007). *El fin de la fe, religión, terror y el futuro de la razón*. Madrid: Paradigma.
- Haught, J. F. (2009). *Cristianismo y ciencia, hacia una teología de la naturaleza*. Santander: Sal Terrae.
- Hick, J. (2004). *La metáfora del Dios encarnado. Cristología en una época pluralista*. Quito: Abya-Yala.
- Hirschberger, J. (2011). *Historia de la Filosofía*. Herder.
- Kung, H. (2011). *Lo que yo creo*. Madrid: Editorial Trotta.
- Lilla, M. (2010). *El dios que no nació, religión, política y el occidente moderno*. Bogotá: Debate.
- Manfred, F. (2004). *Dios en el exilio, lecciones sobre la nueva mitología*. Madrid: Akal.
- Marx, K. (1844). *Einführung; Kritik des hegelschen Staatsrechts*. Traducción en castellano: Introducción; Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel. México: Editorial Grijalbo S.A. 1968.
- Spong, J. Sh. (2011). *Un cristianismo nuevo para un mundo nuevo*. Quito: Abya-Yala.
- Lenaers, R. (2008). *Otro cristianismo es posible, fe en lenguaje de modernidad*. Quito Abya-Yala.
- Mawson, T.J. (2005). *Crear en Dios, una introducción a la filosofía de la religión*. Madrid: Biblioteca de ensayo Siruela.
- Rivas Conde, J. M. (2013). *Nuestra muerte y la muerte de Jesús. Reflexiones, Ecclesia Digital*. Madrid.

Webgrafía

- Alvira, R. Fe en la razón y razón de la fe. Disponible en: <https://goo.gl/29fNgW>
- Blog Copépodo. *Darwin y la religión: una controversia larga, estéril y cansina*. Disponible en: <https://goo.gl/HuPw68>

- Centro virtual estudios judaicos, Razón y Fe en la edad media. Disponible en: <https://goo.gl/iVMsiw>
- Conoceréis la verdad. *Ciencia y Fe, Darwin, larga controversia, inteligencia humana; ADN DNA*, Disponible en: <https://goo.gl/vkYe4y>
- Fabro, C. *Hegel, Georg Friedrich Wilhelm*. Disponible en: <https://goo.gl/ggJrbu>
- Filosofía contemporánea, Marx, Alienación religiosa. Disponible en: <https://goo.gl/gw5mKG>
- Fusaro, D. *Voltaire, teoría y vida del filósofo*. Disponible en: <https://goo.gl/27fzez>
- González, J. (31 de marzo 2012). *Isaac Newton, un hombre de fe que dio luz ciencia*. Disponible en: <https://goo.gl/ZSuWfF>
- Historia, Documentos, Ortega y Gasset, la historia como sistema. Disponible en: <https://goo.gl/eWVqFW>
- Juan Pablo II. Mensaje a los miembros de la Academia Pontificia de Ciencias. Librería Editrice Vaticana, Roma 1996. Disponible en: <https://goo.gl/axiB2t>
- Padres de la Iglesia. Disponible en: <https://goo.gl/5xbj7y>
- Vitoria, M. Á. *Auguste Comte*. Disponible en: <https://goo.gl/QY6FsL>
- Webnode, Jean Paul Sartre, Biografía. Disponible en: <https://goo.gl/ewPFXW>